

## AGENDA CIUDADANA

### LIDERAZGO

Lorenzo Meyer

**Punto de Partida.-** “Sería pretencioso decir que estoy encabezando la transición democrática [en México] y yo detesto a la gente pretenciosa”. Esta afirmación fue hecha por el presidente Zedillo al corresponsal del *The New York Times* en nuestro país, Sam Dillon, y apareció en la edición de ese diario del 12 de febrero. Se trató de un momento de sinceridad no común en el mundo político. Sin embargo, líneas más adelante, el corresponsal cita otra afirmación del presidente que arroja mucha luz sobre la visión política de Ernesto Zedillo pero que es muy discutible: “Para algunas personas”, afirmó el presidente, “la agenda política debe de ser la derrota del PRI, borrar al PRI, y sostienen que debería de ser el presidente quien encabezara el proceso. Eso es estúpido (*stupid*)”. El término *stupid* no necesariamente se traduce como estúpido, pues también puede significar bobo, tonto o necio, aunque para propósitos prácticos, el resultado es el mismo. ¿Pero, en realidad es estúpido o necio suponer que el presidente hubiera podido encabezar el desmantelamiento del PRI? Desde una perspectiva estrecha, sí, pero desde otra, más amplia, generosa y ambiciosa, no.

**Lo que está en Juego.-** Para los beneficiados por 70 años de partido de Estado, lo que hoy está en juego es la salvaguardia de sus intereses personales y privilegios por la vía del mantenimiento del control de los principales hilos del poder. Como la mayoría de esos hilos pasan por la presidencia, entonces su disposición es a atrincherarse y no rendir la presidencia en las próximas elecciones. Los que ven el proceso político a través de este cristal, están dispuestos a ceder en lo accesorio pero

no en lo esencial; llegado el caso, pueden emplear a fondo los instrumentos ilegales o autoritarios que tan bien han aprendido a manejar a lo largo de casi un siglo. Así, siguen usando los recursos estatales en favor del PRI (la última revelación documentada son los 50 millones de pesos que el gobierno de Guanajuato dio en 1991 para la campaña de Ramón Aguirre, *Enfoque*, 15 de febrero) y no desdeñan emplear la violencia: 329 asesinatos políticos en la primera mitad del actual sexenio (80% de los presuntos responsables no han sido presentados ante la justicia, *Enfoque*, 25 de enero). Desde esta perspectiva, evidentemente es estúpido pedirle al poder que acepte y participe en el desmantelamiento de su régimen, pues tal participación equivale no sólo a la pérdida de privilegios sino a la rendición de cuentas.

A la perspectiva anterior, se puede contraponer otra. Una que parte del supuesto que no hay nada de accidental y sí mucho de estructural en que desde 1964, cada sexenio ha concluido en una gran crisis (el actual empezó con ella). Y cada crisis ha tenido un costo muy alto, tanto económico como moral, para la sociedad mexicana; ha minado la confianza en sus propias capacidades y desdibujado sus posibilidades. La baja calidad de la política en México no tiene toda su raíz en la clase gobernante misma, sino también y sobre todo, en las instituciones que han propiciado el tipo de liderazgo mediocre y corrupto que el país ha padecido desde hace mucho. Y justamente una de las instituciones responsable de esa situación es el PRI. Las últimas revelaciones sobre la venalidad e incapacidad de la clase política priísta ya ni siquiera asombran, simplemente irritan, como, por ejemplo, la cuenta que por 16 millones de dólares abrió a nombre de una antigua sirvienta el exgobernador de Jalisco, Flavio Romero de Velasco (*Reforma*, 16 de febrero) o, en Morelos, el caso de un gobernador

experto en seguridad, Jorge Carrillo Olea, que terminó por dar forma a un aparato de policía dedicado a aumentar la inseguridad ciudadana al resultar adicto al siniestro y redituable negocio de los secuestros. El régimen político mexicano basado en el partido de Estado y el gran poder presidencial, ya se agotó, es disfuncional para la gobernabilidad, para la estabilidad y para el proyecto económico de globalización, pues es incapaz de cumplir con sus deberes mínimos –el dar seguridad a las personas y empresas e impartir justicia— y ya no puede procesar el conflicto social para evitar la inestabilidad, como lo demuestra el caso de Chiapas.

Desde la perspectiva anterior, al sistema político mexicano ya no hay que repararlo sino transformarlo desde la base hasta la punta a fin de abrirle paso a otro de mayor calidad. A uno que permita al país institucionalizar un arreglo político moderno, legítimo, que propicie el arraigo del Estado de derecho, es decir, de un marco legal, y por tanto moral, aceptado con satisfacción y orgullo por el grueso de la ciudadanía. Únicamente así se podría convocar a la sociedad a respaldar a sus autoridades y a sus políticas y dar forma a un proyecto nacional adecuado a los difíciles procesos que caracterizaran el inicio del siglo XXI. Deshacerse del PRI, y hacerlo desde arriba y en relativa paz, es anticiparse a fuerzas que pueden deshacerlo desde la base y mediante el enfrentamiento directo. Lo anterior, por tanto, no sería una estupidez sino muestra de inteligencia política, sería el mantenerse en control y no ser mero objeto de las circunstancias.

**La Experiencia Histórica.**- Esperar que desde la presidencia se diera forma a un acuerdo al más alto nivel de la representación política mexicana y se procediera a hacer de una necesidad una virtud --el desmantelamiento de un partido de Estado cuya

esencia y tradición le impiden impulsar el necesario tránsito mexicano a la democracia--, no es algo estúpido sino proponer una línea de acción que ya tiene precedentes históricos.

Para empezar, está el multicitado caso español. Allá, tras la muerte de “El Caudillo” Francisco Franco en 1975, y como resultado de las resistencias de los intereses creados a adecuarse a las nuevas condiciones, en 1976 el rey encomendó a Adolfo Suárez, secretario general del Movimiento Nacional –es decir, el equivalente al PRI— la tarea de llevar a cabo la transición. Lograrla requirió legalizar a los partidos que hasta ese momento habían sido sus enemigos –socialistas y comunistas--, convocar a elecciones realmente libres y neutralizar los instintos golpistas de las fuerzas armadas que llegaron a considerar seriamente la posibilidad de oponerse al cambio por la vía violenta. Suárez encabezó con gran efectividad la transición y, paradójicamente, la logró justamente cuando, en enero de 1981, tuvo que renunciar como primer ministro para ceder su lugar a la oposición. ¿Fue estúpida la política de Suárez?; el grueso de los españoles no parecen creerlo así. Al dejar el poder en manos de Felipe González y de los socialistas, el antiguo ministro franquista introdujo a España a una nueva y mejor etapa de su desarrollo y él se ganó un lugar en la historia.

España no es un caso único. Con sus diferencias, Sudáfrica también experimentó la transición de la dictadura de una minoría racial a la democracia bajo el liderazgo de un presidente que fue la cabeza de un gobierno antidemocrático. En efecto, en 1983, una constitución elaborada por la minoría blanca dio enormes facultades a un presidente cuya base política era el Partido Nacional (PN) --

organización que había monopolizado el poder desde 1948-- , y cuya tarea central, histórica, fue la defensa, a toda costa, de la segregación racial o *apartheid*.

Es de todos conocida la larga, brutal y violenta lucha de los sudafricanos negros en contra del PN, el *apartheid* y de los ilegítimos privilegios que esa política concedía a la minoría blanca, dueña de las principales fuentes de riqueza del país: 10, 500 muertos entre 1990 y 1994. En ese último año, y bajo la dirección del líder del PN y presidente de la república, Frederik W. de Klerk, la transición llegó a su culminación. Esa transición se había iniciado en 1990, cuando de Clerk repudió la política central de su propio partido, el *apartheid*, legalizó a su principal adversario --el Congreso Nacional Africano (ANC)-- y se enfrentó a los extremistas de su propia raza, que incluían grupos neonazis, y a las divisiones y choques dentro de la mayoría negra. Nelson Madela, antiguo prisionero del PN y líder histórico del ANC, asumió entonces el poder tras unas elecciones difíciles pero limpias --Mandela obtuvo el 62.7% de los votos-- y de Clerk, que para entonces había compartido con Mandela el Premio Nobel de la Paz, quedó simplemente como uno de los dos vicepresidentes y con una minoría en el parlamento.

El proceso político sudafricano posterior no ha sido fácil, pero sin duda menos violento y con mayores posibilidades de éxito que el período anterior, el de la resistencia al cambio. La Comisión de la Verdad, que hoy encabeza el obispo Desmond Tutu, está funcionando, y tiene como meta sacar a flote la historia negra de lo acontecido entre 1960 y 1993, y ayudar así al difícil proceso de reconciliación de una sociedad que aún no es una nación pero que ya tiene posibilidades de serlo. ¿De Clerk hizo algo absurdo o, por el contrario, consiguió la menos mala para la minoría blanca y para el grueso de los sudafricanos negros?

La antigua Unión Soviética, en su etapa final, también viene al caso. Como Ernesto Zedillo, Mijail Gorbachev heredó en 1985 un aparato político que era la imagen misma de la obsolescencia y la disfuncionalidad. Sin embargo, el nuevo secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) no pudo o no quiso darse cuenta de lo avanzado e irreversible del mal que aquejaba al sistema político que encabezaba. Quizá por ello optó por no deshacerse del PCUS y de toda la carga histórica que ese aparato representaba y en cambio buscó usarlo para modernizar la economía, abriéndola (*perestroika*) y disminuyendo un tanto la pesada carga del gasto militar (una cuarta parte del producto nacional) mediante un acercamiento político con Occidente. El supuesto básico del reformismo gorbacheviano era la viabilidad del socialismo soviético: tenía males serios pero no mortales. Fue por ello que Gorbachev puso en marcha una política (*glasnost*) para transformar al PCUS del aparato totalitario y extremadamente corrupto que había sido en algo distinto: una organización flexible que respondiera a las demandas de la sociedad y se sometiera a su escrutinio gracias a una apertura de los medios de comunicación.

Al final, como sabemos, el reformismo se topó con la ineficiencia del PCUS y, sobre todo, con su resistencia al cambio. Fue esa resistencia lo que obligó a Gorbachev a zigzaguear mucho en su política y, en agosto de 1991, a enfrentar un golpe de Estado de los “dinosaurios”. El resultado ya lo sabemos: el reformista no pudo reformar lo irreformable, perdió el poder y la URSS desapareció. Quien detuvo el golpe de los “duros”, evitó el retorno imposible al pasado y tomó el mando de Rusia, fue el excomunista Boris Yeltsin, el que había roto ya con el PCUS cuando fue alcalde de Moscú y que se había propuesto encabezar el cambio radical contra su propio pasado.

Yeltsin ya no buscó reformar sino de plano acabar con el viejo régimen. Así pues, ¿cual de los dos líderes rusos resultó más realista? ¿el que no se atrevió a enfrentarse con el partido de Estado y acabó por ser su víctima o el que encabezó la movilización de una ciudadanía cansada ya de la enorme corrupción y de la mentira institucionalizada?.

**Una Conclusión.**- Es cierto que cada transición a la democracia es diferente. Es igualmente verdad que el cambio de régimen no lleva, por si mismo, a la superación de males endémicos. España va bien, pese al desempleo, pero en cambio Sudáfrica y, sobre todo, Rusia, tienen aún problemas enormes que les impiden proclamar el éxito de lo nuevo. Sin embargo, es posible sostener que en los tres países y gracias a la decisión de alguien que pertenecía al antiguo régimen de encabezar la ruptura con su propio pasado y aceptar la destrucción o marginación de los viejos partidos o grupos en el poder, se abrieron al país mayores posibilidades que las que ofrecía el seguir resistiendo. Cuando el cambio es inevitable, no es estúpido tratar de encabezarlo; se le ahorran costos a la sociedad, aumentan las posibilidades de éxito y se gana un lugar en la historia.

*Correspondencia a: [lmeyer@colmex.mx](mailto:lmeyer@colmex.mx)*